

á ser una especie de pórticos ó atrios laterales. En la basílica de Zitscha, fundada por Estéban II ó I y su hijo Radoslao, fueron coronados estos y los reyes sus sucesores de la misma dinastía. Dirigió la construcción San Sabas, y después dedicó la obra al apóstol San Pedro y San Pablo. Notable por la riqueza de adornos arquitectónicos es finalmente la iglesia de Ravaniza, construida en el siglo XIV.

Las campanas para llamar á los fieles á la iglesia se introdujeron con notable lentitud durante el siglo XIII desde el Occidente en los templos de la Servia y del imperio bizantino, que hasta entonces se sirvieron de pesados badajos de madera que daban contra grandes tableros del mismo material ó de metal colgados por lo general en andamios aislados. En Cruchevaz se construyó el primer campanario sobre la fachada principal de la iglesia en el siglo XIV, cuando el pueblo servio había hecho ya considerables adelantos en la escultura y en las artes suntuarias, particularmente en la escultura de madera y en todos los objetos dedicados al culto. Para ellos tomaron modelos bizantinos y romanos, cuyos motivos se encuentran mezclados en los relieves de muchas iglesias, por ejemplo en las de Studeniza, Ravaniza y Cruchevaz, observándose en ellos mucha riqueza, fantasía y sobre todo un ritmo sorprendente en las figuras lineales y reticulares que adornan los tímpanos, rosetones, ventanales, columnas y jambas. Los monjes servios del Monte Atos introdujeron la pintura griega en su país, siendo particularmente notable la influencia del monje pintor Panselino en el siglo XI y después. Los artistas de Spalato y de toda la costa dálmata se inspiraron más en los modelos italianos. En general se nota en los cuadros religiosos de los pintores servios mucha libertad de movimiento; los frescos más antiguos ofrecen un estilo severo; las cabezas de las figuras son notables por sus formas bellas, su perfil noble y á menudo por su expresión bien caracterizada y hasta bien sentida. Las cornisas y zócalos tenían adornos pintados, en especial meandros y otras clases de grecas rectas y curvas á veces muy graciosas y elegantes.

En Spalato y Ragusa, y después también en Sirmio, floreció el arte de platería; se tejían y bordaban géneros de consumo general y se elaboraban igualmente de seda.

La literatura servia reconoce por fundador al benemérito San Sabas cuya biografía y la de su padre escribió en 1264 el monje Domenciano en el monasterio de Quilantari en el Monte Atos.

De todo esto se infiere que los servios habían hecho progresos muy notables en la civilización, y que podían muy bien alimentar hasta cierto punto la ambición de enseñorearse del imperio bizantino; mas por desgracia suya nunca consiguieron formar una nacionalidad unida y compacta, excepto en el reinado brillante de Estéban Duchan. Los magnates servios, boyardos y vaivodas, adoptaron demasiado pronto las costumbres separatistas y discolas de los señores feudales del Occidente; de modo que la fuerza militar del país jamás pasó de una aglomeración de contingentes acudillados por estos magnates. De nada servía pues el valor individual de los guerreros servios, que combatían con éxito armados de lanza y escudo, en los terrenos quebrados y montuosos, pero que nada podían hacer en batallas campales y en sitios de plazas; de suerte que jamás consiguieron ventajas definitivas ni sobre los ejércitos bizantinos ni sobre las huestes de los turcos.

CAPITULO II

LA PENINSULA Balcánica y EL ORIENTE DESDE LA MUERTE DEL EMPERADOR MIGUEL VIII PALEÓLOGO HASTA LA DEL EMPERADOR ANDRÓNICO III, Ó SEA DESDE 1282 HASTA 1341

El emperador Miguel VIII Paleólogo, á pesar de los defectos de su gobierno consiguió restablecer el lustre del poder bizantino; pero en el largo y funesto reinado de su hijo, cobraron nueva y vigorosa vida los innumerables gérmenes letales para el imperio, de suerte que no logró ya regenerarse, ni aun detenerse en su marcha decadente. Sin embargo hasta las primeras décadas del siglo XIV continuó siendo el eje central al rededor del cual giraba la política de todas las potencias que tenían intereses en la península balcánica y en el Oriente. La capital Constantinopla había recobrado gran parte de su antiguo brillo por los esfuerzos de Miguel VIII, pero á costa de las provincias. Su significación como plaza mercantil era inmensa; la industria y las artes bizantinas, si bien no eran ya monopolio exclusivo del imperio, como tampoco lo era la acuñación de monedas, estaban todavía florecientes y ejercían una influencia grandísima sobre los pueblos limítrofes y muy especialmente sobre los eslavos meridionales. El arte bizantino reflejaba el carácter senil y petrificado del imperio, é iba perdiendo su fuerza creadora, su lozanía é inventiva. En la pintura como en la escultura resaltaban más la tiesura y rigidez de las figuras y la falta de expresión en sus fisonomías. El comercio con el pueblo ruso se había disminuido mucho, á pesar de ser el pueblo que con más cariño había admitido la influencia bizantina en la religión y las artes desde el siglo XI. La razón de esta disminución de relaciones comerciales estaba en las terribles luchas interiores que destruyeron á este gran pueblo desde mediados del siglo XIII, ya por las contiendas entre los príncipes de la familia de Rurik, ya por el pesado yugo que le impusieron los sucesores del khan mogol Batu, los khanes de la llamada Horda de Oro ó de Kibchac, que tenían su residencia en Sarai á orillas del brazo más oriental del Volga.

La literatura bizantina refleja también á su modo el carácter de la época. La invasión y conquista de los francos encontró su historiador apasionado en Nicetas Coniates, hermano del eminente y nobilísimo arzobispo de Atenas Miguel Acominato. Nicetas había ya ocupado elevados puestos políticos en los reinados de los emperadores de la casa de Angelos. En 1187 estaba ya empleado en la corte; en 1189 fué nombrado canciller en cuya calidad desempeñó una misión importante en Filipópolis, de cuya ciudad y provincia fué nombrado al año siguiente gobernador general. Como á otros le fué funesta la gran catástrofe del año 1204 que le obligó á huir á Selimbria y buscar luego asilo en Nicea, donde murió en 1216. Al morir dejó concluida su gran obra histórica, empezada en el reinado de Isaac Angelos, y que trata en 21 libros de los sucesos ocurridos en el imperio desde el año 1118 hasta 1206, extendiéndose particularmente en la narración del sitio y toma de Constantinopla por los latinos. Esta obra es importante, porque su autor, además de su gran instrucción, talento y dotes de observación, estaba al corriente de cuanto pasaba, aunque por otro lado no oculta sus vivas simpatías y antipatías, y narra los actos y la conducta de los francos en Constantinopla con la acritud que se puede suponer y que se nota en todo cuanto se refiere á los occidentales. Por este motivo tampoco llega á hacer justicia al emperador Manuel, tan amigo y tan afanoso de ganar las simpatías de los italianos. Prescindiendo de algunos errores cronológicos que parecen tener su razón en el deseo de eslabonar mejor los sucesos según su importancia y afinidad

política, le guió al parecer la idea de producir en sus lectores un efecto moral; lo cual le hace prodigar demasiado toda clase de consideraciones, imágenes poéticas, citas de la Biblia y alusiones á las leyendas, tradiciones é historia de la antigüedad.

El golpe tremendo que recibió en 1204 el bizantinismo en general se hizo también sentir en su literatura, y solo pudieron reunirse elementos aislados, como restos de un gran naufragio, en Nicea, donde la lucha por la existencia material y política absorbía todas las fuerzas; pero hacia el año 1255 se hizo notable en aquella capital un profesor de retórica ó de poesía, como autor de escolios á Homero, llamado Miguel Senaquerim; y además los emperadores de Nicea protegieron constantemente la instrucción y la erudición. Entre los altos funcionarios de su Estado sobresalió como historiador Jorge Acropolita, á quien ya hemos mencionado repetidas veces. Estaba emparentado con la familia Láscaris; había sido educado desde 1233 con Teodoro II Láscaris, y utilizado repetidas veces como embajador hasta por Miguel VIII Paleólogo. Escribió con el título de Cronografía la historia del imperio desde la conquista por los francos hasta la reconquista de la capital, y murió en 1282.

Los Paleólogos, entre los cuales Andrónico II descuidó hasta su misión de soberano para dedicarse á las tareas literarias, se interesaban como los Comnenos por la erudición y por sus representantes, y en particular por la teología que en los últimos tiempos del bizantinismo ganó más y más terreno, según veremos en adelante al tratar de las producciones literarias de altos funcionarios civiles y eclesiásticos en el último período de existencia del decrepito imperio.

Gran desgracia fué para el imperio que Andrónico II, sucesor de su padre Miguel VIII, no tuviera las dotes necesarias para regir un país como aquel á cuya cabeza le había colocado el destino. Había nacido en 1258 ó 1259, y á la edad de quince años le casó su padre con la princesa Ana, hija del rey de Hungría Estéban V, asociándole poco después al imperio con el título de emperador. Este príncipe tenía los defectos de su padre, especialmente su tendencia á la perfidia y arteria, y al mismo tiempo carecía de sus talentos de hombre de gobierno. Sus amigos alabaron su instrucción, su erudición y religiosidad, y citaban entre otros actos laudables el de haberse reconciliado en 1289 con el desposeído y ciego Juan IV Láscaris, cuando hubo regresado, se ignora cómo, de Foggia, y haberle mantenido hasta su muerte en un castillo de Bitinia; pero por otro lado era en extremo supercioso, despótico, obstinado y demasiado vanidoso para confiar el gobierno á manos más hábiles, ya que á él le faltaban la energía é iniciativa necesarias para seguir un plan bien meditado. Así dejó continuar el lujo y el boato que su padre había introducido en la corte, como igualmente el abuso de la baja ley de la moneda y todos los demás males de que adolecía el imperio, que durante este largo reinado fueron la causa de su ruina.

Por lo pronto alcanzó Andrónico II una popularidad inmensa entre sus súbditos con su política religiosa, enteramente opuesta á la de su padre, que con sus arteras negociaciones de fusión se había enajenado las simpatías de sus súbditos. En efecto, los bizantinos desde la catástrofe nacional del año 1204 y el subsiguiente dominio tiránico de sus nuevos amos, se habían aferrado más que nunca en su odio á los occidentales y en su afecto á su Iglesia y á sus obispos. El nuevo emperador se mostró partidario decidido de la Iglesia ortodoxa griega, y sin el menor respeto á la memoria de su padre, echóse francamente en brazos de los contrarios mas furibundos de la Iglesia católica, con lo cual ganó el clero griego una influencia en el gobierno como no la había

tenido desde muchas generaciones. Esta influencia fué tanto más fatal para el imperio y el mismo emperador cuanto más se aumentó la afición del clero griego á disputas dogmáticas, y más dió muestras de codicia y simonía. Las contiendas odiosísimas entre los innumerables sacerdotes y monjes fanáticos, contiendas que giraban principalmente al rededor del nombramiento del patriarca de Constantinopla, desviaron la atención del débil jefe del Estado de los asuntos gravísimos de gobierno. En su profundo odio á la Iglesia romana había formado Andrónico un tribunal eclesiástico compuesto en su gran mayoría de monjes, y destinado á fijar las penitencias de aquellos que habían incurrido en una excomunión general pronunciada contra todos los que se habían relacionado de una manera ú otra con la Iglesia romana, y que deseaban ingresar otra vez en el seno de la ortodoxa griega. A las personas laicas opulentas impuso este tribunal multas pecuniarias; los clérigos ricos comprometidos fueron destituidos de sus puestos, y el primero de todos el patriarca Vecco, objeto en el nuevo reinado del odio general, y que además de ser destituido y desterrado á Brusa, tuvo que firmar una solemne retractación. En su lugar fué nombrado su predecesor José, y como este muriera poco después, en 1283, ocupó su puesto Gregorio, que en un sínodo reunido en Blaquernas, destituyó á todos los obispos que en el reinado anterior habían votado á favor del reconocimiento de la supremacía del papa. Hecho esto, lucharon por el gobierno eclesiástico los partidarios del patriarca José por una parte, y los adeptos ultra fanáticos del patriarca Arsenio, partido apoyado por la masa del pueblo y por los monjes. Esta contienda continuó sin que pudiera conseguirse un arreglo ni por el concilio de Adrumeto. El mismo patriarca nuevo, Gregorio, tuvo que dimitir en 1289 por haber publicado un escrito que fué calificado por los fanáticos de heterodoxo. Su sucesor Atanasio, monje ascético y severísimo, quiso restablecer la paz y el orden en la Iglesia, ordenando á los obispos políticos que volvieran á sus diócesis, y mandando á los monjes agitadores regresar y encerrarse en sus conventos; pero solo consiguió excitar contra sí la indignación general de la capital, que le obligó á resignar su puesto al cabo de cuatro años. Le substituyó otro monje, Juan de Sozopolis, el cual ocupó el patriarcado desde 1294 hasta 1303, en cuyo último año tuvo que dimitir á causa de un conflicto con el gobierno. Volvió entonces á ocupar la silla patriarcal el reformador apasionado y riguroso Atanasio, que siguió su sistema hasta el año 1311, en el cual de nuevo tuvo que resignar su puesto. Ocupóle Nifon, obispo de Cícico, que en la defensa de esta ciudad se había acreditado como guerrero excelente, pero como patriarca y jefe de la Iglesia cismática griega fué criticado mucho por su codicia y ostentación y hubo de dimitir en 1313 ó 1314 acusado de simonía. Le sucedió entonces Juan Glicis que se retiró á los cuatro años de administrar el patriarcado por motivos de salud; y el emperador encargó la dirección de la Iglesia al monje Gerasimo (en 1320-21) que solo fué instrumento ciego del soberano, verdadero jefe entonces de la Iglesia hasta que ocupó el patriarcado el monje Isaías llamado de Atos.

Durante todas estas contiendas eclesiásticas empeoró muchísimo la posición exterior del imperio, tanto por estas mismas cuestiones cuanto por otras torpezas gravísimas que cometió Andrónico II, cuando más que nunca convenía concentrar y aumentar todas las fuerzas vivas del país para defenderlo contra los muchos enemigos que le rodeaban por todos lados. La peor fué el mal gobierno de la hacienda, porque no obstante sus reducidas necesidades personales derrochó Andrónico II grandísimas sumas en su corte ostentosa y en favor de la Iglesia, mientras por otro lado trataba de compensar estos gastos inútiles y fuera de sazón con eco-

nomías en el departamento militar, en la escuadra y en el ejército terrestre, lo cual equivalía a un suicidio. La escuadra había sido elevada por Miguel VIII a una altura imponente con un personal escogidísimo. Andrónico empezó por licenciar a los marinos llamados *gasmules*, que eran hijos de italianos y griegos, criados en continuas guerras marítimas, y verdaderos hijos del mar. Con estas y otras medidas necias dejó decaer la marina bizantina confiando en el auxilio de la república de Génova, a la cual favoreció así en gran manera sin conocer que se hacía esclavo de ella, y que Génova solo le ayudaba donde y cuando convenía a sus intereses mercantiles. La consecuencia de tan punible conducta fué que los corsarios saquearon las poblaciones marítimas bizantinas a sus anchas, y que no pudiendo imponerse ni a los venecianos ni a los genoveses, siempre en guerra, y que zanjaban por lo general sus contiendas en las aguas bizantinas, se vió pronto comprometido el imperio en las mismas contiendas.

Cuando el sultan de Egipto Almelic-Alachraf, se apoderó en 1291 de San Juan de Acre, último punto que habían conservado los occidentales en la Siria, los venecianos, cuyo comercio con Levante quedó por lo pronto con esta pérdida poco menos que arruinado por aquel lado, intentaron arrebatar a los genoveses su monopolio por el lado del Norte, lo cual dió lugar en 1294 a una furiosa guerra marítima entre las dos repúblicas, y en ella hubo de participar el imperio. En efecto, el almirante veneciano Rugiero Morosini Malabranca penetró con su escuadra en el Bósforo, incendió a Gálata, saqueó a Lemnos y las minas y refinós de alumbre de la familia Zaccaria cerca de Focea, y esta conducta brutal obligó al emperador Andrónico II a embargar por vía de represalias los bienes de los venecianos en Constantinopla, sin poder impedir que los genoveses de Gálata furiosos cayeran sobre los venecianos desamparados, y que mataran a los mas principales. Los demás se salvaron a bordo de sus buques y regresaron a Venecia. Hicieron las paces genoveses y venecianos en 1299; pero los últimos continuaron su guerra contra los bizantinos desde Negroponto y Creta, con su escuadra y con innumerables buques corsarios, hasta que los jefes Beletto Giustiniani y Guidino Morosini a fuerza de sangrientas venganzas cometidas hasta a la vista del emperador enteramente inerme por mar, le obligaron a restituir en 1301 a los venecianos sus bienes secuestrados, y a aceptar y ratificar en 7 de marzo de 1303 un convenio favorabilísimo a la república de Venecia, amén de ceder solemnemente las islas Cícladas de Amorgos, Ceo, Santorin y Serifo que varios nobles venecianos habían reconquistado, y que las recibieron luego de la república a título de feudo.

En esta situación apuradísima estrechó Andrónico II su alianza con Génova ensanchando su territorio y dominio a orillas del Cuerno de Oro de tal manera, que esta república pudo convertir su barrio de Gálata en una verdadera ciudad fortificada, con sus murallas, fosos y anchuroso glacis. El gobierno de Génova nombraba el podestá de la colonia, y este era el superior inmediato de todos los súbditos de la república, particulares y funcionarios públicos, en el imperio y en todo el Oriente con excepcion de los cónsules de Cafa, y al propio tiempo era representante de su país cerca del gobierno bizantino, cuando la república no enviaba un embajador especial. Como ministro residente, el podestá en todas las comidas y fiestas de la corte tenia su puesto despues del gran almirante del imperio. Como la dignidad de podestá comprendia la de magistrado supremo, le auxiliaban dos consejos para pleitos civiles, compuesto uno de veinticuatro miembros, y otro de seis, cuya eleccion ó nombramiento siguió las modificaciones que sufrió la constitucion de la república en diferentes épocas; y para lo criminal habia otro consejo lla-

mado Curia, que juzgaba los delitos cuyo conocimiento no correspondia a los tribunales bizantinos. Las cuestiones mercantiles correspondian al tribunal de comercio en Génova. En materia eclesiástica la colonia de Gálata dependia del arzobispo de Génova representado por un vicario general que era siempre el preboste del convento de San Miguel, cuya iglesia era principal de la colonia, siendo además notables las de los conventos de San Pablo y de San Francisco.

La colonia de Focea perteneciente a la familia Zaccaria, se rehizo tan rápidamente despues de la devastacion de los venecianos, que Benito Zaccaria pudo vender, en 1298, 650 quintales de alumbre que le valieron 1.300.000 liras.

Las desgracias y la profunda miseria que poco despues causaron en Grecia los turcos y los catalanes, segun veremos, hizo acudir a Focea muchísimos infelices; de modo que la familia Zaccaria pudo no solamente aumentar la explotacion de las minas, sino apropiarse y explotar diferentes islas importantes como en 1304 la de Chio con sus ricas plantaciones de lentiscos resinosos.

El movimiento mercantil del imperio bizantino, a pesar de todo, era grande; y proporcionaba considerables recursos al tesoro no obstante la exencion de derechos de que disfrutaban los comerciantes genoveses y venecianos. Constantinopla continuaba siendo el emporio donde se daban la mano todas las naciones y pueblos mercantiles del Mediterráneo y países limítrofes del imperio. Allí y a sus arrabales de Pera y Gálata llegaban por Trebisonda y Tana las especias, las materias tintóreas y los aromas de la Persia y de la India. El Asia Menor enviaba su alumbre, entonces tan buscado, y Tana y Cafa las hermosas pieles del Norte. La Tracia, la Bulgaria y la Crimea enviaban sus inmensos sobrantes de trigo y hacian de Constantinopla el depósito de granos mas célebre de aquellos tiempos. Allí cambiaban los comerciantes del Occidente sus géneros por las sederías y la seda bruta del imperio y de la Persia, por la lana y pelo de cabra del Asia Menor, y por el cáñamo de Grecia y del Egipto. Flandes, Francia y Toscana llevaban allí sus paños, la Champaña sus lienzos; Luca y Génova sus hilos de oro y plata; allí se hacian la competencia los vinos de Italia y de Grecia, los jabones de Venecia y Ancona, la Pulla, de Chipre y de Rodas. No faltaban tampoco los higos secos de España, ni las nueces de Nápoles, ni el aceite de olivas de Italia, ni la cera de Grecia y de la Tartaria, ni el láudano de Chipre, ni la preciosa almáciga de Chio.

Desgraciadamente el gobierno y la política de Andrónico II no supieron conservar y fomentar este comercio, manantial de riqueza para el imperio. Para prosperar necesitaba la paz y la seguridad, y solo podia dárselas una poderosa fuerza armada; pero así como Andrónico II dejó decaer la marina de guerra, redujo tambien con sus economías mezquinas la fuerza terrestre. La tropa estaba mal pagada y además no cobraba su reducido sueldo con puntualidad, corriendo su manutencion a cargo de los propietarios de las ciudades en cuyas casas se alojaba, mientras los jefes y las autoridades locales toleraban toda clase de abusos. Para no disminuir el número de contribuyentes rurales el gobierno fué reduciendo el de soldados indígenas, quedándose poco a poco solo con las tropas mercenarias que se encontraban mas a mano. La guardia imperial, compuesta como antes principalmente de anglo-sajones, fué reducida, y las otras legiones se formaron en adelante con *gasmules*, fugitivos griegos de Creta, turcos, turcópolos (1), *seldyúcidas* y otros trans-

(1) Turcópolos llamaban los bizantinos a los turcos cristianos que tenian a su servicio procedentes de la rama *seldyúcida* ó de otras *transdanubianas*, y tambien a los hijos de padre turco y madre griega que seguian la religion de su madre.
(N. del T.)

fugas bárbaros, cumanos y alanos de los países ribereños del Mar Negro, de donde habian huido cuando la invasion de los tártaros.

Otro error de Andrónico II fué no hacer caso del peligro que amenazaba de la parte de los otomanos y atender solo a sus relaciones con los pueblos de la península balcánica. Los búlgaros entonces poco peligro ofrecian, porque el czar Jorge Terteriyé despues de hacer las paces con Andrónico en 1284 vióse tan estrechado al año siguiente por los tártaros del khan Nogai, que no le quedó mas remedio que pasarse a los bizantinos; y aun al valiente rey de Servia Milutin le costó gran trabajo resistir a los mismos tártaros. El caudillo Smilez, nombrado en 1292 por los tártaros czar y tributario suyo, tampoco pudo sostenerse mucho tiempo en el trono de Tirnova, porque al morir Nogai en una guerra interior en 1293, fué destronado por otro usurpador y este otro lo fué a su vez por Teodoro Svietoslao hijo del czar Terteriyé en 1295. Svietoslao, que gobernó el reino búlgaro con mano firme, no era amigo de Constantinopla y supo burlarse tanto de las intrigas como de las armas que el emperador Andrónico puso en movimiento contra él. En cambio consiguió Andrónico en 1298 un arreglo con Milutin, rey de Servia.

Muchas mas dificultades ofrecieron al emperador los dos soberanos de la casa de Angelos en el Epiro y en Tesalia que entre sí estaban tambien en guerra. Ya dijimos que al ocurrir la muerte de Miguel VIII en su expedicion contra Juan Angelos de Neopatras, su hijo y sucesor Andrónico renunció a la campaña. Cuando Juan tomó la ofensiva en 1284, obligando al emperador a enviar contra él un ejército a las órdenes del excelente general Miguel Tarcaniota, se suspendieron tambien las operaciones por parte de los bizantinos a consecuencia de la muerte repentina de este jefe. Entonces el emperador trató, por cierto con buen éxito, de interesar en su causa al soberano del Epiro; pero otros intereses encontrados y las intrigas a que dieron lugar cambiaron tambien esta vez el curso de los sucesos. En el año 1290 entró Andrónico en negociaciones con la corte de Nápoles para una union matrimonial entre su hijo Miguel, cuya madre era Ana, hija del rey de Hungría, y la princesa Catalina de Courtenay, hija y heredera de los derechos y pretensiones de Felipe, hijo del emperador Balduino II y de Beatriz de Anjou. El objeto de este proyectado matrimonio era reunir en su familia todas las pretensiones al trono é imperio bizantino; y por eso se habia casado el mismo Andrónico en 1284 en segundas nupcias con Irene, hija de Guillermo VII marqués de Montferrato y heredero de los derechos de su familia al trono de Salónica (1). No llegó a realizarse el casamiento con la princesa Catalina; pero mientras tuvo Andrónico esperanzas de efectuarlo rechazó los ofrecimientos de la esposa de Nicéforo de Epiro, Ana Cantacuzena, de dar su hija Tamar por esposa al príncipe imperial y ayudarle a reunir al imperio todos los territorios que poseian los príncipes de la casa de Angelos. La consecuencia fué que todos los miembros de esta casa declararon la guerra al emperador.

Al principio fueron muy afortunados los generales de Andrónico en Tesalia, pero despues las armas bizantinas y sus aliadas las fuerzas de Génova se estrellaron cerca de Arta contra el valor de los franceses de Morea y de las tropas de Orsini de Cefalonia a quienes los Angelos habian llamado a su socorro. En 1291 consiguieron los imperiales apoderarse de Dirraquio y hacer alianza con los albaneses; y entonces

(1) A consecuencia de este matrimonio, una rama de los Paleólogos heredó en 1305 el marquesado de Montferrato al extinguirse esta familia, y continuó poseyéndolo hasta el año 1533.

los Angelos se aliaron con el rey Carlos II de Nápoles cuyo hijo Felipe, desde 1294 príncipe de Tarento, Corfú y Epiro, tomó por esposa a la princesa Tamar, hija de Nicéforo Angelos de Epiro y de la influyente Ana Cantacuzena. La princesa Tamar llevó en dote la Etolia, y además Carlos cedió a su hijo Felipe, con el asentimiento de la señorita de Courtenay, los derechos sobre el trono de Constantinopla y la soberanía sobre todos los Estados y señoríos francos en la península balcánica.

Estando así las cosas en Europa, el desgobierno de Andrónico II empezó a dar sus frutos en las provincias asiáticas. Las tropas imperiales consiguieron detener las embestidas de los turcos *seldyúcidas* y otomanos hasta el año 1296, pero los mercenarios turcos y cretenses irritados de no cobrar lo estipulado y de no recibir tampoco la paga con la puntualidad debida, se amotinaron y proclamaron emperador a su general Alejo Filantropeno. Pagó este su rebelion con la vida, pero el nuevo general Juan Tarcaniota, falto de medios, no pudo restablecer la antigua disciplina ni reanimar el valor y espíritu guerrero de las fuerzas imperiales, ni menos detener a los *seldyúcidas* que se extendieron por las cuencas del Meandro y del Hermos, ni a los otomanos que intentaron extenderse hacia la Bitinia y cuyo jóven sultan Osman desplegó tanta actividad y energía, que constituyó un peligro gravísimo para el imperio. Este jefe eminente de una nueva rama turca destinada a un gran porvenir unia a la sencillez de un jefe de tribu nómada, las cualidades de gran capitán y de gobernante y el entusiasmo religioso y el afán juvenil de propagar el islamismo y el dominio de su raza. Desde el año 1299 fueron notables los progresos que hizo al otro lado del Tumanich, y terribles los efectos del sistema bárbaro, que los turcos emplearon despues tambien en la península balcánica, de destruir la civilizacion y arruinar la poblacion antigua para establecer sobre sus ruinas el dominio turco. Los otomanos, lo mismo que sus hermanos los *seldyúcidas*, asolaron bárbaramente los territorios donde pensaban establecerse, en cuyo trabajo les prestaron diligente auxilio otras hordas nómadas del Mediodía; y cuando Osman hubo transformado una vasta comarca casi en un desierto, a excepcion de las ciudades bien fortificadas y defendidas, las repartió entre los jefes de sus hordas a título de feudo, entonces ya con la órden rigurosa de conservar la poblacion antigua que habia quedado, tratándola con justicia y humanidad. Con este sistema y fomentando la prosperidad en las ciudades conquistadas cobró el jóven sultan entre los suyos como entre los griegos gran fama de justiciero, de imparcial y de buen gobernante. Desde su emirato, situado entre el Sanguario, el Olimpo y el Tumanich, y desde Yenicher como centro, dirigió sus fuerzas contra la Bitinia, despues de haber dejado en 1300 a su hijo Urchan como lugarteniente suyo en Carachahisar, y de haber matado en un arrebato de ira a su anciano tio Dindar, que no aprobaba sus planes temerarios. Con espantosa regularidad asoló cada año las comarcas limítrofes, evitando las plazas fuertes; los habitantes infortunados se salvaron como pudieron en direccion de la costa; muchos pasaron a Europa y algunos hasta se establecieron en el territorio servio. En el año 1301 el emperador Andrónico puso a la cabeza de las fuerzas del Asia Menor a su hijo y heredero Miguel IX, al cual habia nombrado coemperador en 1295; pero Miguel, que se llevó un cuerpo veterano de 8.000 alanos, no supo utilizar tan poderoso recurso, ni acallar siquiera la envidia de la tropa bizantina, que cobraba menor sueldo que aquellos bárbaros refractarios a la disciplina, ni menos rechazar eficazmente a las fuerzas enemigas. Por el contrario, se retiró con grandes pérdidas de Magnesia a Pega, y esta retirada dió a Osman la victoria